

el huracán destroza sin agitar sus conciencias tranquilas.

If the wind tempestuous is blowing,
Still no danger they descrie;
The guiltless heart its boon bestowing,
Soothes them with its Lullaby, etc., etc.

«Aunque sople el borrascoso viento, no ven ningún peligro; el corazón inocente, derramando su bálsamo, los arrulla con sus canciones infantiles.»

El marinero no sabe dónde acabará su vida; quizás al mezclar con el viento su último suspiro, será arrojado al fondo de las olas, atado a dos palos, para continuar su viaje; tal vez será sepultado en un islote que desaparezca para siempre, como ha dormido aislado en su hamaca en medio del Océano.

El buque por sí solo es un espectáculo; dócil al más ligero movimiento del timón, hipógrifo o corcel alado, es obediente a la mano del piloto, como el caballo a la de su jinete. La elegancia de los mástiles y las cuerdas; la ligereza de los marineros que voltean en las vergas; los distintos aspectos que presenta el navío, sea que bogue inclinado por un austro contrario, sea que marche impulsado por un aquilón favorable, convierten esta máquina en una de las maravillas del ingenio humano. Tan pronto la ola y su espuma se estrellan y salpican la carena, como se divide su onda pacífica y sin resistencia ante la proa. Los pabellones, las flamas, las velas, aumentan la belleza de este palacio de Neptuno; las velas más bajas, desplegadas a lo ancho, se rodean como vastos cilindros; las más altas, oprimidas por el centro, semejan los pechos de una sirena. Animado de un soplo impetuoso, la nave, con su quilla, como si fuera un arado, surca con estrépito el fondo de los mares.

En este camino del Océano, en cuya inmensidad no se ven árboles, ni aldeas, ni ciudades, ni torres, ni campanarios, ni sepulcros; camino sin columnas, sin piedras miliarias, que no tiene más límites que el vacío, más descanso que los vientos y por la luz las estrellas, la más hermosa de las aventuras, cuando no se buscan tierras y mares desconocidos, es el encuentro de dos buques. La tripulación y los pasajeros se apresuran a subir sobre cubierta. Los dos navíos se aproximan, izan su pabellón, medio recogen sus velas, y se colocan de través. Cuando todo está en silencio, los dos capitanes, desde el alcázar de popa, se hablan con la bocina: «¿El nombre del buque? ¿De

qué puerto? ¿El nombre del capitán? ¿De dónde viene? ¿Cuántos días de navegación? ¿La latitud y longitud? Adiós, buen viaje.» Se sueltan los rizos, y la vela cae. Los marineros y los pasajeros de los dos buques se separan sin cambiar una frase: los unos buscan el sol del Asia, los otros el de Europa, que los verán morir igualmente. El tiempo arrastra y separa a los viajeros más pronto aún que el viento en el Océano: se hacen una demostración desde lejos: ¡Adiós, buen viaje! El puerto común es la eternidad. ¿Y si el buque fuese el de Cook o de La-Perouse?

El patrón de mi embarcación era un antiguo comisionado, llamado Pedro Villeneuve, cuyo nombre me agradaba porque me recordaba a la buena Villeneuve. Había servido en la India y en América, y se había encontrado en bastantes combates. Sentado en la barandilla del buque, al lado del bauprés, como un veterano bajo la parra de su jardinillo en el foso de los Inválidos, me describía el momento del zafarrancho, el efecto de las detonaciones de la artillería bajo los puentes, los estragos de las balas al hacer blanco en las cureñas, en los cañones o maderamen. Yo le hacía hablar de los indios, de los negros y de los colonos, preguntándole cómo eran sus vestidos, cómo los árboles, qué color tenía la tierra y el cielo, qué sabor los frutos, si las piñas eran mejores que los albérchigos, y las palmeras más hermosas que las encinas. Como Villeneuve era de la Bretaña, siempre concluíamos nuestra conversación con el elogio de la incomparable belleza de nuestra patria.

La campana interrumpía nuestras pláticas. Por la mañana, a una señal, la tripulación, formada en el puente, se quitaba la camisa azul poniéndose otra que secaba en las cuerdas. La camisa que dejaban era inmediatamente lavada en cubetas, en las que esta pensión de focas jabonaba también sus rostros ennegrecidos y sus piernas embreadas.

En las comidas del mediodía y de la noche, los marineros, sentados alrededor de las gamellas, meñan uno tras de otro, con regularidad y sin fraude, su cuchara de metal en el rancho. Los que no tenían apetito vendían, por un poco de tabaco o un vaso de aguardiente, su ración de galleta y carne salada a sus camaradas. Los pasajeros comían en la cámara del capitán. Cuando hacía buen tiempo, tendían una vela sobre la popa y comíamos

a la vista de un mar azul salpicado de manchas blancas, levantadas por la brisa.

Envuelto en mi capa, me tendía por la noche sobre cubierta. Mis miradas contemplaban las estrellas: la vela hinchada me enviaba la frescura de la brisa y, medio adormecido y llevado por el viento, cambiaba de cielo cuando cambiaba de pensamiento.

Los pasajeros a bordo de un buque forman una sociedad diferente de la tripulación: pertenecen a otro elemento: su destino está en la tierra. Unos van a buscar fortuna; otros van en busca de reposo; aquéllos vuelven a su patria, éstos la abandonan; esotros navegan para instruirse en las costumbres de los pueblos, estudiar las ciencias y las artes. Hay tiempo de conocerse en esta hospedería errante, que viaja con el viajero, de aprender muchas aventuras, concebir antipatías y cimentar amistades. Cuando van y vienen estas mujeres jóvenes, nacidas de sangre inglesa y sangre india, que reúnen en sí la belleza de Clarisa y la delicadeza de Sacontala, se forman lazos que atan y desatan los perfumados vientos de Ceilán, dulces como ellas, y como ellas ligeros.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

FRANCISCO TULLOCH.—CRISTÓBAL COLÓN.—CAMOENS.—LAS AZORES.—LA ISLA GRACIOSA.—JUEGOS MARINOS.—ISLA DE SAN PEDRO.

Entre los pasajeros había un inglés. Francisco Tulloch había servido en la artillería; pintor, músico, matemático, hablaba muchos idiomas. El abad Nagaut, superior de los Sulpicios, lo convirtió en católico y lo llevó a Baltimore.

Me hice camarada de Tulloch: como yo era profundo filósofo entonces, lo invité a volver al seno de su familia. El espectáculo que teníamos a la vista lo transportaba de admiración. La embarcación marchaba a impulso de las olas sordas y lentas, mientras que corrían centellas de fuego mezcladas con la blanca espuma a lo largo de sus flancos. Millones de estrellas alumbraban en el sombrío azul de la bóveda celeste un mar sin límites: ¡lo infinito en el cielo y en las aguas! Nunca me ha confundido tanto la grandeza de Dios como en estas noches, en que tenía la inmensidad sobre mi cabeza y la inmensidad bajo mis pies.

El 4 de mayo nos encontramos a la

altura de las Azores. El 6 descubrimos la isla del Pico; este volcán dominó mucho tiempo mares no navegados; inútil faro de noche y señal sin testigo de día.

Es un espectáculo sorprendente el que ofrece la tierra cuando sale del fondo del mar. Cristóbal Colón, en medio de su gente insurreccionada, dispuesto a regresar a Europa sin conseguir el objeto de su viaje, descubre una lucecita en una playa que la noche le ocultaba. El vuelo de las aves lo había guiado hacia América; el resplandor de un hogar salvaje le revela un nuevo mundo. Colón debió experimentar esa especie de sensación, que la Escritura atribuye al Hacedor, cuando después de haber sacado al mundo de la nada vió que su obra era buena: *vidit Deus quod esset bonum*. Colón creaba un mundo.

No debió maravillarse menos Vasco de Gama cuando, en 1498, llegó a la isla del Malabar. Todo cambiaba entonces en el golfo: una nueva naturaleza aparece; se descorre el velo que por espacio de miles de siglos ocultaba una parte de la tierra; se descubre la patria del sol, el lecho de donde sale todas las mañanas, como un esposo o un gigante: *tamquam sponsus, ut gigas*; se ve desnudo este brillante Oriente, cuya misteriosa historia se mezclaba con los viajes de Pitágoras, con las conquistas de Alejandro, con el recuerdo de las cruzadas, y cuyos perfumes llegaron hasta nosotros a través de los campos de la Arabia y los mares de Grecia. Europa le envió un poeta para saludarlo; el cisne del Tajo dejó oír su triste y hermoso canto en las costas de la India: Camoens les robó su esplendor, su fama y su desgracia; no dejándoles más que sus riquezas.

Cuando Gonzalo Villo, abuelo materno de Camoens, descubrió parte del archipiélago de las Azores, debió haberse reservado, si hubiese previsto el porvenir, una concesión de seis pies de tierra para cubrir los huesos de su nieto.

Anclamos en una mala rada, sobre una base de rocas por cincuenta y cinco brazas de agua. La isla Graciosa, ante la cual habíamos fondeado, nos presentaba sus colinas, cubiertas con la verdura de los trigos, y exhalando el agradable y peculiar olor de las cosechas de las Azores. Se veían en medio de estos tapices las divisiones de los campos, formadas con piedras volcánicas, blancas y negras, y amontonadas unas sobre otras. Una abadía, monumento de un mundo antiguo

en un suelo nuevo, se alzaba en la cima de una colina; al pie de esta colina, en una ensenada guijarrosa se reflejaban los tejados encarnados de la ciudad de Santa Cruz. La isla entera, con sus bahías, cabos, ancones y promontorios, duplicaba su paisaje en las olas.

Se acordó que yo fuese a tierra con Tulloch y el segundo jefe; botaron la chalupa y se dirigió hacia la costa, distante cerca de dos millas. Una lancha avanzó hacia nosotros. Cuando estuvo cerca, distinguimos una porción de frailes. Nos hablaron en portugués, en italiano, en inglés, en francés, y respondimos en los cuatro idiomas. Reinaba la alarma; nuestro buque era la primera embarcación de gran porte que se había atrevido a fondear en la rada peligrosa en que nosotros sufríamos la marea. Además, los insulares veían por la primera vez el pabellón tricolor; ignoraban si nosotros veníamos de Argel o de Túnez: Neptuno no había reconocido este pabellón tan gloriosamente conducido por Cibele. Cuando vieron que teníamos figura humana, y que habíamos comprendido lo que nos decían, su alegría fué extremada. Los frailes nos recogieron en su lancha, remamos alegremente hacia Santa Cruz, desembarcando con alguna dificultad, a causa de una resaca bastante violenta.

Toda la isla acudió en tropel. Cuatro o cinco alguaciles, armados con picas enmohecidas, se apoderaron de nosotros. Nos llevaron a casa del gobernador, donde su excelencia, vestido con un viejo uniforme verde que había estado galoneado de oro, después de concedernos una audiencia solemne, nos permitió hacer provisión de víveres.

Nuestros religiosos nos llevaron a un convento, edificio con balcones, cómodo y claro. Tulloch encontró un compatriota: el hermano que siempre nos acompañaba era un marinero de Jersey, cuyo buque había naufragado en *Graciosa*. Habiéndose salvado del naufragio, y no careciendo de inteligencia, se mostró dócil a las lecciones de los catequistas, aprendiendo el portugués y algunas palabras de latín; y, como, además, militase en su favor su origen inglés, lo convirtieron y se hizo fraile. Aun se acordaba de su antiguo oficio, y como había estado mucho tiempo sin hablar su idioma, se sentía feliz por haber hallado quien lo entendiera; reía y juraba como un verdadero marino.

Las casas de los pueblos, construidas de madera y piedra, se adornaban con galerías exteriores, que les daban cierto aire gracioso, porque recibían así mucha luz. Los habitantes, casi todos viñadores, estaban medio desnudos y bronceados por el sol: las mujeres, pequeñas, pero vivas, parecían sencillamente coquetas con sus adornos de flores y sus collares.

Las vertientes de las colinas están cubiertas de cepas, que dan un vino parecido al de Fayal. El agua escaseaba; pero en todas partes por donde corría un arroyuelo crecía una higuera, y se elevaba un oratorio con un pórtico pintado al fresco.

Es probable que las Azores fuesen conocidas de los cartagineses: se han encontrado monedas fenicias en la isla de Corvo. Se dice que los navegantes modernos, que abordaron los primeros a esta isla, hallaron una estatua ecuestre, con el brazo derecho extendido, y señalando con el dedo el Occidente, y tal vez esta estatua sea el grabado de invención que adorna las antiguas cartas de marear.

Yo he supuesto en el manuscrito de los *Natchez*, que *Chactas*, al volver de Europa, desembarcó en la isla de Corvo, y que encontró la estatua misteriosa. El expresa de esta manera los sentimientos que me ocupaban en la *Graciosa* recordándome la traición: «Me aproximó a este monumento extraordinario. En su base, bañada por la espuma de las olas, había grabados desconocidos jeroglíficos; el musgo y el salitre carcomían la superficie del bronce antiguo: el alción, posándose en el casco del coloso, lanzaba a intervalos lánguidos quejidos; las conchas se pegaban en los costados y las crines de metal del corcel, y cuando se acercaba el oído a sus abiertas narices, se creía oír rumores confusos.»

Después de nuestra correría nos sirvieron en el convento una buena cena, y pasamos la noche bebiendo con nuestros huéspedes. Al día siguiente, cerca del mediodía, embarcadas ya nuestras provisiones, regresamos a bordo. Los religiosos se encargaron de dirigir nuestra correspondencia a Europa. Aparejamos; y continuando viento fresco, remontamos pronto las Azores.

Fac pelagus me scire probes, quo carbasa laxo.

«Musa, ayúdame a probar que conozco el mar sobre que despliego mis velas.»

Seiscientos años hace que mi compatriota, Guillermo el Bretón, pronunciaba esta frase. Vuelto al mar, comencé a contemplar su soledad; pero al través del mundo ideal de mis fantasías, se me aparecían como severas advertencias, la Francia y los acontecimientos reales. Mi retiro, cuando durante el día quería librarme de los pasajeros, era la gavia del palo mayor.

El espacio, teñido de un doble azul, parecía un lienzo dispuesto para recibir las futuras creaciones de un gran pintor. En el desierto del Océano se descubrían en lontananza altas y largas ondulaciones, paisajes movidos que hacían sensible a mis ojos la comparación que hace la Escritura de la tierra que vacila delante del Señor, como un hombre embriagado. A veces el espacio parecía pequeño y limitado, falto de un punto de arranque; pero si una ola llegaba a levantar la cabeza, otra a doblarse como una costa lejana, o un escuadrón de perros marinos atravesaba el horizonte, entonces ya se presentaba una escala de medida. La extensión se revelaba, sobre todo cuando la bruma, pegada a la superficie del piélago, parecía acrecentar la misma inmensidad.

Cuando bajaba del mástil, como en otro tiempo del nido de mi sauce, siempre reducido a una existencia solitaria, comía un poco de galleta con azúcar y limón, y después me acostaba, o sobre cubierta envuelto en mi capa o bajo el puente, en mi catre.

El viento nos obligó a acercarnos al Norte, y atracamos en el banco de Terranova. Algunos hielos flotaban en medio de una niebla pálida y fría.

Los hombres del tridente tienen juegos que han heredado de sus antepasados; cuando se pasa la línea, es necesario resolverse a recibir el *bautismo*; la misma ceremonia en el trópico que en el banco de Terranova; cualquiera que sea el punto, el jefe de la mascarada es el *buen trópico*. Trópico e *hidrónico* son sinónimos para los marinos: el buen trópico tiene una barriga enorme; se viste con todas las pieles de carnero, con todos los sayos forrados de la tripulación. Se acurruca en el palo mayor, dando de tiempo en tiempo grandes mugidos. Los marineros lo miran desde abajo, y él comienza a descender a lo largo de las cuerdas, pesado como un oso, dando traspiés como Sileno. Al poner el pie en el puente, da nuevos rugidos, bota, coge

un cubo, lo llena de agua del mar, y lo vierte sobre el jefe de los que no han pasado la línea, o de los que no han llegado a la latitud de los hielos. Todos corren hacia los puentes, suben a las escotillas, se escaraman a los mástiles; el padre trópico los persigue, y acaba la función con una propina: juegos de Anfitriete que Homero hubiera celebrado como canto a Proteo, si el viejo Océano hubiese sido conocido enteramente en los tiempos de Ulises; pero en aquella época sólo se veía su cabeza apoyada en las columnas de Hércules: su cuerpo oculto cubría el mundo.

Navegamos hacia las islas de San Pedro y Miquelón, buscando nueva escala. Cuando nos acercamos a la primera, entre diez y doce de la mañana, la habíamos casi remontado; sus costas se descubrían en el horizonte a través de la bruma.

Fondeamos ante la capital de la isla; no la distinguimos, pero oíamos el ruido de la tierra. Los pasajeros se apresuraron a desembarcar. Yo tomé una habitación aparte, y esperé que una ráfaga barriese la niebla y me permitiera ver el lugar donde habitaba, y, por decirlo así, la cara de mis huéspedes en este país de sombras.

El puerto y la rada de San Pedro están colocados entre la costa oriental de la isla y un islote prolongado, llamado *isla de los Perros*. El puerto, que se llama *Barachois*, penetra en la tierra y termina en un charco salobre.

La casa del gobernador está en frente del embarcadero. La iglesia, el párroco y el almacén de comestibles están situados en el mismo paraje; se encuentra después la casa del comisario de marina y la del capitán del puerto. En seguida comienza a lo largo de la playa la única calle de la villa.

El gobernador, oficial atento y político en extremo, me invitó dos o tres veces a comer. Cultivaba en una explanada algunas legumbres de Europa. Después de la comida me enseñaba lo que llamaba su jardín. El olor suave de heliotropo que exhalaba un cuadrado de habas en flor, llegaba hasta nosotros, no conducido por la brisa de la patria, sino por un viento salvaje de Terranova, sin relación con la planta desterrada, sin simpatía de reminiscencia y voluptuosidad. En aquel perfume, que no respiraba una mujer hermosa, que no se depuraba en su seno ni se esparcía a su paso; en aquel perfu-

me, que había cambiado de aurora, de cultura y de mundo, se hallaba toda la melancolía del pesar, de la ausencia y de la juventud.

Después subimos a las colinas, y nos paramos al pie del mástil del pabellón del vigía. La nueva bandera francesa flotaba sobre nuestras cabezas; como las mujeres de Virgilio, contemplábamos el mar, *flentes*; ¡el mar que nos separaba de la tierra natal! El gobernador estaba inquieto; pertenecía al partido vencido; por otra parte, se fastidiaba en este retiro, a propósito únicamente para un hombre melancólicamente pensador como yo; duro destierro para un hombre de negocios, o que no llevase consigo esta pasión mía, que lo llena todo y hace desaparecer el mundo. Yo informaba a mi huésped de la revolución, y, a cambio, le pedía noticias del paso al Nordeste. Estaba a la entrada del desierto, pero no sabía de los esquimales, ni recibía del Canadá más que pérdidas.

Una mañana fui solo al Cabo del Aguila para ver levantarse el sol por la costa de Francia. Me senté en la punta saliente de una roca, las olas se estrellaban furiosamente bajo mis pies. Una joven marinera apareció en el declive superior de la colina; tenía las piernas desnudas, aunque hacía frío, y hollaba con sus pies las plantas rosadas.

Llevaba la negra cabellera recogida en madejas bajo un pañuelo de la India, que rodeaba su cabeza, y, sobre él, un sombrerito abarquillado de cañas del país. A intervalos se bajaba y cogía las hojas de una planta aromática, que se llama en la isla *te natural*, echándolas en su canastillo. Me vió sin asombrarse, y fué a sentarse junto a mí; colocó su canastillo al lado, y se puso, como yo, con las piernas colgando, a mirar el sol.

Permanecimos algunos minutos sin hablar; al fin, yo fui el más atrevido, y la pregunté: «¿Qué coge usted?» Levantó sus grandes ojos negros, tímidos y soberbios. «Cogía te», dijo, presentándose su canastillo. «¿Lleva este te a su padre y a su madre?» «Mi padre está a la pesca con Guillaumy.» «¿Qué hacen ustedes por el invierno en la isla?» «Hacemos redes, pescamos en los estanques quebrantando el hielo; el domingo vamos a misa y a vísperas, que cantamos nosotras, jugueteamos por la nieve, y vemos a los jóvenes cazar los osos blancos.» «¿Regresará pronto su padre?» «¡Oh! no: el capitán se ha embarcado con Guillaumy para Génova.» «Pero, ¿Guillaumy volverá?» «¡Oh! sí, en la estación próxima, cuando vuelvan los pescadores. Me traerá un corpiño de seda rayado, un zagalejo de muselina y un collar negro.» «¿Y se adornará usted para el viento, el mar y la montaña? ¿Quiere que yo le envíe un corpiño, un zagalejo y un collar?» «¡Oh! no.»

Se levantó, cogió su cestillo, y se alejó rápidamente por un sendero, a lo largo de un monte de abetos.

Hacia volar a su paso los hermosos pájaros, que llaman *garzotas*, asustados por el adorno de su cabeza, y tenía el aire de parecerse a ellos. Cuando llegó al mar, saltó en una barquilla, desplegó la vela, y se sentó al timón; se la hubiera tomado por la *Fortuna*; se alejó de mí.

¡Oh! sí, ¡Oh! no, Guillaumy, la imagen del joven marinero, transformaba en tierra de delicias la horrible roca de San Pedro:

L'isole di Fortuna, ora vedete.

Pasamos quince días en la isla. De sus playas áridas se descubren las costas aún más áridas de Terranova. Los montes del interior forman cadenas divergentes, prolongándose la más elevada hacia la enseada *Rodrigo*.

Algunas lagunas se alimentan con el tributo de los riachuelos del *Vigie*, del *Courval*, del *Pain de Sucre*, del *Kergarion*, de la *Tête Galante*. Estos charcos se conocen con el nombre de *Etangs du Savoyard*, *du Cap-Noir*, *du Ravenel*, *du Colombier*, *du Cap a l'Aigle*. Cuando los torbellinos barren las aguas poco profundas de estos lagos, se descubren algunas praderas submarinas, que cubre inmediatamente la onda.

La flora de San Pedro es la de la Laponia y la del estrecho de Magallanes. El número de plantas va disminuyendo hacia el polo; en Spitzberg no se encuentran más que cuarenta especies de fanerógamas.

Cambiando de localidad las razas de las plantas se extinguen; las unas, al Norte, habitantes del hielo, se hacen al Mediodía silvestres; las otras, criadas en la atmósfera tranquila de las más espesas selvas, van decreciendo en fuerza y magnitud, hasta expirar en la orilla tormentosa del Océano. El arándano pantanoso (*vaccinium fuliginosum*), está reducido en la isla de San Pedro al estado de sanguinaria mayor; pronto se verá enterado en el algodón basto que le sirve de

Londres, de abril a septiembre de 1822.

COSTAS DE LA VIRGINIA. — EL SOL DE OCCIDENTE. — PELIGRO. — LLEGO A AMÉRICA. — BALTIMORE. — SEPARACIÓN DE LOS PASAJEROS. — TULLOCH. — FILADELFIA. — EL GENERAL WASHINGTON. — PARALELO ENTRE WASHINGTON Y BONAPARTE.

Después de haber embarcado víveres y de haber reemplazado un áncora que perdimos en la *Graciosa*, salimos de San Pedro. Al singlar al Mediodía, tocamos la latitud de treinta y ocho grados. Las calmas nos detuvieron a corta distancia de las costas de Mariland y de Virginia. El nebuloso cielo de las regiones boreales había sido substituído por otro más hermoso.

Leía yo una noche en la cámara del capitán, cuando sonó la campana de la oración, y fui a mezclar mis preces con las de mis compañeros. Los oficiales y los pasajeros ocupaban la popa; el capellán, con un libro en la mano, estaba un poco separado de ellos, junto al timón; los marineros se agrupaban sobre la cubierta.

El sol, próximo a hundirse en las olas, aparecía por entre las cuerdas del buque en medio del espacio sin límites; con el balanceo de la nave se diría que el astro radiante cambiaba a cada momento de horizonte. Cuando pintaba este cuadro, en *El Genio del Cristianismo*, mis sentimientos religiosos estaban en armonía con la escena; pero ¡ay! cuando lo presencié, el hombre viejo existía en mí, y no contemplaba a Dios sólo en la magnificencia de sus obras. Yo veía una mujer desconocida; me parecía que la belleza del cielo nacía de su aliento; hubiera vendido la eternidad por una de sus caricias. Me figuraba que palpitaba detrás de este velo del universo que la ocultaba a mis ojos. ¡Oh! ¡si me hubiera sido posible destrozar la cortina para estrechar contra mi corazón a la mujer idealizada, para consumirme en su seno, en aquel amor, fuente de mis inspiraciones, de mi desesperación y de mi vida! En tanto yo me dejaba arrastrar por estos movimientos tan propios a mi futura carrera de *correbosques*, faltó poco para que un accidente pusiera término a mis proyectos y a mis sueños.

El calor nos sofocaba; la nave, en una calma completa, sin vela, y demasiado cargada con sus mástiles, sufría grandes vaivenes: ardiendo sobre el puente, y fa-

superficie vegetal. Planta viajera, yo también, he tomado mis precauciones para desaparecer del borde del mar, mi sitio natal.

La pendiente de los montecillos de la isla, está cubierta de bálsamos, cornijuelo, palmeras, cedros, pinabetes negros, de cuyos botones se hace una bebida antiescorbútica. Estos árboles no tienen más altura que la de un hombre. El viento del Océano los descabeza, los sacude y humilla, como si fueran helechos: después, deslizándose bajo estas selvas de maleza, las levanta; pero no encuentra ya ni troncos, ni ramas, ni copas, ni ecos donde gemir, y no hace más ruido que el que haría en un brezo.

Estos bosques contrastan con los grandes bosques de Terranova, cuya costa vecina se descubre; allí los abetos producen un líquen plateado (*alectoria trichodes*). Los escampados de esta isla de Jacques Cartier ofrecen caminos hechos por los osos; parecen los senderos que conducen a una majada. Se oyen por la noche los aullidos de fieras hambrientas; el viajero se tranquiliza con el ruido no menos triste del mar; las olas, tan insociables y tan rudas, se convierten en amigas y compañeras.

La punta septentrional de Terranova llega a la latitud del cabo de Carlos, primero del Labrador; algunos grados más arriba empieza la región polar. Hay un encanto en estas regiones, si hemos de dar crédito a los viajeros. Por la noche, el sol, tocando a la tierra, parece que se queda inmóvil, y vuelve a entrar en el cielo en lugar de hundirse en el horizonte. Las montañas, cubiertas de nieve, los valles, tapizados de musgo blanco, donde pastan los renghíferos; los mares, poblados de ballenas, y sembrados de hielos flotantes, toda esta escena brilla alumbrada casi a la vez por el fuego del Occidente y la luz de la aurora: no se sabe si se asiste a la creación o al fin del mundo. Un ave pequeña, parecida a la que canta por las noches en nuestros bosques, hace oír su gorjeo quejumbroso. El amor atrae entonces a los esquimales a la roca de hielo donde les aguardan sus compañeras; y estas bodas del hombre en los últimos límites del globo no carecen de pompa ni de felicidad.

tington habitando una ciudad floreciente en el mismo sitio donde Guillermo Penn había comprado un pedazo de selva; los Estados Unidos enviando a Francia la revolución que aquélla había sostenido con sus armas; en fin, mi propio destino; mi musa virgen, que acababa de consagrarse a la pasión de una naturaleza nueva; los descubrimientos que yo pretendía efectuar en estos desiertos, que extendían aún su ancho reino tras del estrecho imperio de una civilización extranjera: tales eran las ideas que rodaban por mi imaginación.

La casa adonde llegamos después de media hora, participaba de la granja de un inglés y de la vivienda de un criollo. Los negros serraban las maderas y los blancos cultivaban el tabaco; una negrita de trece a catorce años, casi desnuda, y de singular belleza, nos abrió la puerta del cercado. Compramos pan de maíz, pollos, huevos, leche, y regresamos al buque con nuestros botijos y canastillos. Di mi pañuelo de seda a la pequeña africana: era una esclava que me recibió en el suelo de la libertad.

Levamos anclas para ganar la rada y el puerto de Baltimore; al acercarnos, se recogieron las aguas, lisas e inmóviles; parecía que navegáramos por un río indolente con muchas avenidas. Baltimore se ofreció a nuestra vista como en el fondo de un lago. Enfrente de la ciudad se alzaba un monte cubierto de árboles, al pie del cual se construían edificios. Amarramos al muelle del puerto. Aquella noche dormí a bordo, y no salté a tierra hasta el día siguiente. Fui a hospedarme en la posada con mi equipaje; los seminaristas se retiraron al establecimiento preparado para ellos, desde donde se dispersaron por América.

¿Qué fué de Francisco Tulloch? La carta siguiente la recibí en Londres el 12 de abril de 1822.

«Treinta años han transcurrido, mi querido vizconde, desde la época de nuestro viaje a Baltimore, y es muy fácil que usted haya olvidado hasta mi nombre; pero, a juzgar por los sentimientos de mi corazón, que le ha sido siempre leal, no ha de ser así, y me lisonjeo que no tendrá usted disgusto en volverme a ver. Aunque enfrente el uno del otro (como verá por la fecha de esta carta), no ignora la distancia que media entre los dos. Pero manifieste el menor deseo de verme, y me apresuraré a demostrarle, cuanto

me sea posible, que he sido siempre, y soy, su fiel y afectuoso.

«FRANCISCO TULLOCH.»

Viernes, 12 de abril.
Portland Place, núm. 30.

Tulloch estaba en Londres; no se había ordenado; se casó; su historia acabó como la mía. Esta carta deponen en favor de la veracidad de mis *Memorias* y de la fidelidad de mis recuerdos. ¡Y qué perspectiva tan triste y retrógrada pone ante mi vista esta carta! Tulloch se encontraba en 1822 en la misma ciudad que yo, en la misma calle; la puerta de su casa estaba enfrente de la mía, como habíamos estado en el mismo buque, sobre la misma cubierta, en el mismo camarote. ¡Cuántos amigos encontraré ya! El hombre, al acostarse, puede contar sus pérdidas: sus años únicamente no le abandonan, aunque pasan; cuando los revista y los llama, contestan: «¡Presentes!» Ninguno falta a la lista.

Baltimore, como todas las demás metrópolis de los Estados Unidos, no tenía aún la extensión que tiene hoy día, y era sólo una pequeña población católica, linda, aseada y animada, cuyas costumbres y sociedad se parecían a las de Europa. Pagué mi travesía al capitán, le di una comida de despedida y tomé un asiento en el *stage-coach*, que hacía el viaje de Pensilvania tres veces por semana.

El camino que recorrimos, más bien trazado que hecho, atravesaba un país bastante llano, en que apenas había árboles; de vez en cuando se veía algún caserío, y unas cuantas aldeas esparcidas aquí y acullá: el clima era como el de Francia, y volaban golondrinas sobre las aguas como sobre el estanque de Combourg.

Cerca de Filadelfia encontramos varios habitantes que iban al mercado, carruajes públicos y carruajes particulares. La ciudad me pareció hermosa, con calles anchas, algunas de ellas plantadas de árboles, que se cortaban en ángulo recto. El río Delaware corre paralelamente a la calle que sigue su orilla occidental, y aun-

que es tenido por importante en Europa, apenas se habla de él en América: sus riberas son bajas y poco pintorescas.

El aspecto de Filadelfia es monótono. Sobre todo, lo que falta a las ciudades protestantes de los Estados Unidos son grandes monumentos de arquitectura, pues la reforma, con su edad juvenil, que nada sacrifica a la imaginación, rara vez ha erigido esas cúpulas, esas naves aéreas y esas torres gemelas de que la antigua religión católica ha coronado a Europa. En Filadelfia, Nueva York y Boston no se ven monumentos o pirámides que sobresalgan del conjunto de las paredes y tejados: la vista se entristece al extenderse sobre aquel nivel.

Después de apearme en la posada, alquilé un cuarto en una casa de pupilos, donde se hospedaban algunos colonos de Santo Domingo y varios franceses emigrados, con ideas diferentes de las mías. Un pueblo liberal ofrecía un asilo a los que huían de la libertad: no hay cosa que pruebe mejor el alto precio de las instituciones generosas como ese destierro voluntario de los partidarios del poder absoluto, en un país francamente democrático.

Un hombre que, como yo, había desembarcado en los Estados Unidos lleno de entusiasmo hacia los pueblos primitivos, no podía menos de quedar escandalizado al ver dondequiera el lujo de los carruajes, la frivolidad de las conversaciones, la desigualdad de las fortunas, la inmoralidad de las casas de banca y de juego, el ruido de los salones de baile y de los teatros; casi me podía figurar que me hallaba en Bristol o en Liverpool. La apariencia del pueblo era agradable; las cuákeras, con sus trajes grises y sus sombrillos uniformes, me parecían bellas.

El general Washington no se encontraba entonces en Filadelfia y me vi precisado a esperarle unos ocho días. Al fin le vi pasar en un carruaje tirado por cuatro briosos caballos conducidos por largas riendas. Washington, según mis ideas de aquella época, era por necesidad Cincinnati; pero Cincinnati en carruaje no se avenía bien con mi república del año 296 de Roma. ¿Cómo podía ser el dictador Washington, otra cosa que un rústico aguijoneando a sus bueyes y conduciendo la reja del arado? Pero cuando fui a entregarle mi carta de recomendación, hallé en él la sencillez del antiguo romano.

Una casa pequeña, semejante a las casas inmediatas, era el palacio del pre-

side de los Estados Unidos: no había guardia, ni aun siquiera criados. Llamé, y salió a abrirme una criada, a la que pregunté si se encontraba en casa el general, contestándome afirmativamente. Manifestéle que tenía una carta de recomendación para su amo, y la criada me preguntó mi nombre, difícil de pronunciar en inglés, y que no pudo retener. Entonces me dijo con amabilidad: *Walk in, sir* (Entrad, caballero); y echando a andar delante de mí por uno de esos estrechos corredores que hacen veces de recibimiento en las casas inglesas, me condujo a una sala, en donde me suplicó que aguardara al general.

No estaba yo conmovido: nunca me han emocionado ni la grandeza de alma ni la fortuna; admiro la primera sin sentirme confundido; la segunda me inspira más lástima que respeto: jamás logrará turbarme el rostro de ningún hombre.

Pasados algunos minutos entró el general, el cual, con su elevada estatura y su aire tranquilo y frío, más bien que noble, se parecía bastante a los retratos grabados que de él había visto. Le entregué en silencio mi carta, que abrió al punto, y pasando a leer la firma, exclamó en voz alta: «¡El coronel Armand!» Así era cómo llamaba al marqués de la Rouerie, el cual había firmado con aquel nombre.

Tomamos asiento, y le expliqué lo mejor que pude el motivo de mi viaje. Me respondía con monosílabos ingleses y franceses, escuchándome con una especie de admiración. No tardé en advertirlo, y me apresura a decirle: «Más fácil me parece descubrir el paso del Noroeste que crear un pueblo, como vos habéis hecho.» «¡Well, well, young nan! (¡Bien, bien, joven!)», exclamó, alargándome la mano. Me invitó a comer con él al día siguiente, y nos separamos.

Cuidé de no faltar a la cita, y no éramos más que cinco o seis convidados. La conversación recayó sobre la revolución francesa, y el general nos enseñó una llave de la Bastilla. Ya dije anteriormente que esas llaves eran unos juguetes bastante necios que se distribuían entonces de mano en mano. Los que las habían distribuido habrían podido enviar, tres años después al presidente de los Estados Unidos, el cerrojo de la prisión del monarca, que dió la libertad a Francia y América. Si el general hubiese visto en los arroyos de París a los *vencedores de la Bastilla*, habría respetado menos su reliquia. La autoridad y la fuerza de

la revolución no provenían de esas orgías sangrientas.

Me separé de Washington a las diez de la noche, y no le he vuelto a ver más: él se marchó al día siguiente, y yo continué mi viaje.

Tal fué mi encuentro con el soldado ciudadano libertador de un mundo. Bajó al sepulcro antes de haberme yo dado a conocer, y pasé delante de él como el ser más ignorado. El estaba en todo su esplendor y yo en toda mi obscuridad: quizá mi nombre no permaneció un día entero en su memoria; y, no obstante, ¡cuán feliz me considero de que me haya dirigido sus miradas! He sentido su influencia el resto de mi vida, porque hay cierta virtud en las miradas de un gran hombre.

Bonaparte acaba de morir, y habiendo tocado a las puertas de Washington, se ofrece, naturalmente, al curso de mis ideas el paralelo entre el fundador de los Estados Unidos y el emperador de Francia, con tanto más motivo, cuanto que en el momento en que trazo estas líneas Washington ya no existe. Tal vez no debiera ocuparme en ellos sino en la época en que encontré a Bonaparte; pero si me faltase la vida antes de llegar en mi crónica al año de 1814, ¿cómo se sabría entonces lo que tengo que decir acerca de esos dos mandatarios de la Providencia? Castelnau, siendo, como yo, embajador en Inglaterra, escribía también en Londres una parte de su vida, y, al llegar a la última página del libro VII, dijo a su hijo: «Trataré de este hecho en el libro VIII»; y el libro VIII de las *Memorias de Castelnau* no existe. Esta es una lección que me enseña a aprovechar mi tiempo.

Washington no pertenece, como Bonaparte, a esa raza que sobrepuja a la estatura humana; nada hay que sorprenda en su persona. No aparece colocado sobre un vasto teatro ni tiene que habérselas con los capitanes más hábiles y los reyes más poderosos del mundo: tampoco corre de Menfis a Viena o de Cádiz a Moscov: lo único que hace es defenderse con un puñado de ciudadanos, en una tierra de ninguna celebridad, y en el estrecho círculo de los hogares domésticos. Washington no da esos combates que renuevan los triunfos de Arbelas y de Farsalia, ni derriba los tronos para construir otros con sus escombros ni hace decir a los monarcas a su puerta: *Que se*

hacen esperar demasiado y que Atila se aburre.

Sus hazañas aparecen envueltas en cierto silencio; su manera de obrar es lenta y nadie diría sino que, sintiéndose encargado de la libertad del porvenir, temía comprometerla. No eran sus destinos los que conducía aquel héroe de nueva especie: eran los destinos de su patria, y no se aventuraba a jugar lo que no le pertenecía. ¡Pero cuánta luz no iba a brotar de aquella humildad profunda! Regístrense los bosques en donde brilló su espada: ¿y qué se hallará en ellos? ¿Sepulcros? No; ¡un mundo! Washington dejó los Estados Unidos por trofeo sobre su campo de batalla.

Napoleón no tiene el menor rasgo de aquel grave americano; combate con estruendo sobre una tierra envejecida, no pretende crear otra cosa que su propia fama, ni encargarse más que de su propia suerte. Parece adivinar que su misión ha de ser breve, que el torrente que se precipita desde tan alto ha de pasar veloz, y se apresura a gozar y abusar de su gloria como de una juventud fugitiva. Igual que los dioses de Homero, quiere llegar en cuatro saltos al fin del mundo: se presenta en todas las riberas, inscribe al pasar su nombre en la historia de todos los pueblos, arroja coronas a su familia y a sus soldados, y despliega la mayor actividad en sus monumentos, en sus leyes, en sus victorias. Dueño del mundo, con una mano derriba a los reyes y con la otra abate al gigante revolucionario; pero al sujetar la anarquía ahoga la libertad, y termina perdiendo la suya sobre su último campo de batalla.

Cada cual recibe la recompensa según sus obras: Washington eleva una nación a la independencia, y, al terminar sus tareas de magistrado, se duerme bajo su techo, en medio del sentimiento de sus compatriotas y de la veneración de los pueblos.

Bonaparte arrebató a una nación su independencia y, emperador destronado, se ve precipitado en el destierro, en donde el terror de la tierra aun no lo considera bastante custodiado bajo la guarda del Océano. Expira, y esta noticia, publicada a la puerta del palacio, delante de la cual hizo proclamar tantos funerales, ni detiene ni admira a los transeúntes. ¿Qué tenían que llorar los ciudadanos?

La república de Washington subsiste,

y el imperio de Bonaparte ha caído. Los dos genios salieron del seno de la democracia; el primero le fué fiel, y el segundo le hizo traición.

Washington fué el representante de las necesidades, de las ideas, de las opiniones de su época; en vez de oponerse al movimiento de los ánimos, lo secundó, y quiso lo que debía querer, la cosa misma para la cual había sido llamado; de ahí proviene la coherencia y la perpetuidad de su obra.

Bonaparte pudo enriquecer igualmente el dominio común, contando, como contaba, con la nación más inteligente, más valerosa y más brillante de la tierra. ¡Cuál sería el sitio que ocuparía hoy día si hubiera reunido la magnanimidad a lo que tenía de heroico; si siendo a un mismo tiempo Bonaparte y Washington, hubiera nombrado a la libertad legataria universal de su gloria?

Pero ese coloso no ligaba sus destinos a los de sus contemporáneos: su genio pertenecía a la edad moderna, al par que su ambición era de los antiguos tiempos; y no conoció que los milagros de su vida superaban al valor de una diadema, y que ese ornamento gótico no le sentaría bien. Tan pronto se precipitaba sobre el porvenir, como retrocedía hacia lo pasado; y ya fuese que adelantara o siguiera el curso del tiempo, arrastraba o rechazaba las olas con su fuerza prodigiosa. Los hombres no fueron a sus ojos más que un medio de poder; ninguna simpatía se estableció entre la felicidad de ellos y la suya: prometió libertarlos, y los encadenó; y así fué que, aislándose de los hombres, éstos se alejaron de él.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

VIAJE DE FILADELPHIA A NUEVA YORK Y A BOSTON.—MACKENZIE.—RÍO DEL NORTE.—CANTO DE LA PASAJERA.—EL SEÑOR SWIFT.—PARTIDA PARA LA CATARATA DEL NIÁGARA CON UN GUÍA HOLANDÉS.—EL SEÑOR VIOLET.—MI VESTIMENTA SALVAJE.—CAZA.—EL CARCAJÚ Y EL ZORRO DEL CANADÁ.—RATA ALMIZCLADA.—PERROS PESCADORES.—INSECTOS.—MONTCALM Y WOLF.—CAMPAMENTO A LA ORILLA DEL LAGO DE ONONDAGAS.—ÁRABES.—CURSO BOTÁNICO.—LA INDIA Y LA VACA.

Estaba impaciente por proseguir mi viaje, pues no eran los americanos lo que

yo había ido a ver, sino otra cosa más en armonía con el orden habitual de mis ideas. Ardía en deseos de arrojar me en una empresa, para la cual mi única preparación consistía en mi imaginación y mi valor.

Cuando formé el proyecto de descubrir el paso al Noroeste, se ignoraba si la América Septentrional se extendía bajo el polo, hasta unirse con la Groenlandia, o si terminaba en algún mar contiguo a la bahía de Hudson y al estrecho de Behring. En 1772, Hearn había descubierto el mar, en la embocadura del río de la Mina de Cobre, a los setenta y un grados y quince minutos de latitud Norte, y los ciento diez y nueve grados y quince minutos de longitud Oeste de Greenwich (1).

Los esfuerzos del capitán Cook y los de los navegantes sucesivos no habían logrado disipar algunas dudas que existían sobre la costa del Océano Pacífico. En 1787 se dijo que había entrado un buque en un mar interior de la América Septentrional: según noticias del capitán del buque, todo lo que se había considerado como una costa no interrumpida al Norte de la California no era más que una cadena de islas sumamente apiñadas. El almirantazgo inglés envió a Vancouver a comprobar aquellos informes, que resultaron falsos. Vancouver no había hecho aún su segundo viaje.

En 1791 se hablaba ya en los Estados Unidos del viaje de Mackenzie, el cual, habiendo salido el 3 de junio de 1789 del fuerte de Chipewan sobre el lago de las Montañas, llegó al mar del polo por el río a que dió su nombre.

El descubrimiento hubiera podido modificar mi dirección y hacerme tomar el camino recto al Norte; pero me habría hecho escrúpulo de alterar el plan acordado entre el señor de Malesherbes y yo. Por lo tanto, quería marchar al Oeste de modo que llegara a cortar la costa Noroeste por encima del golfo de California; y, desde aquel sitio, siguiendo el perfil del continente, y a la vista siempre del mar, intentaba reconocer el estrecho de Behring, doblar el último cabo septentrional de la América, descender al Este a lo largo de las riberas del mar polar, y volver a entrar en los Estados Unidos por la bahía de Hudson, el Labrador y el Canadá.

(1) Latitud y longitud reconocidas hoy como excesivas en cuatro grados y un cuarto.

(Nota de Ginebra, en 1832.)

¿De qué medios disponía para ejecutar esa prodigiosa peregrinación? De ninguno. La mayor parte de los viajeros franceses han sido hombres aislados, abandonados a sus propias fuerzas, y rara vez ha sucedido que el gobierno o las compañías les hayan prestado auxilio. Ingleses, americanos, alemanes, españoles, portugueses, han llevado a cabo, con ayuda del concurso nacional, lo que entre nosotros han emprendido en vano varios individuos aislados. Mackenzie, y varios más después de él, han hecho en la extensión de la América, y en provecho de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, conquistas con las que yo soñaba para engrandecer mi país natal. He consignado estos proyectos en el *Ensayo Histórico*, publicado en Londres en 1796, los cuales estaban sacados del manuscrito de mis viajes, escrito en 1791. Estas fechas demuestran que yo me había anticipado por mis deseos y por mis trabajos a los últimos exploradores de los hielos árticos.

Como no encontré el menor estímulo en Filadelfia, calculé desde luego que quedaría frustrado el objeto de este primer viaje, y que mi excursión sería solamente el preludio de otro viaje más largo. Escribí en este sentido al señor de Malesherbes, y quedándome a la expectativa de los acontecimientos, prometí a la poesía lo que pudiera perderse para la ciencia. Con efecto, si no hallé en América lo que buscaba, esto es, el mundo polar, encontré, por lo menos, una nueva musa.

Un *stage-coach*, semejante al que había traído de Baltimore, me llevó de Filadelfia a Nueva York, ciudad alegre, populosa y comercial, y que, sin embargo, estaba lejos de ser lo que es actualmente, lo que será dentro de algunos años, porque los Estados Unidos crecen más de prisa que este manuscrito. Me dirigí en peregrinación a Boston, para saludar el primer campo de batalla de la libertad americana, y vi los campos de Lexington, en donde busqué, como después en Esparta, la tumba de aquellos guerreros que murieron *por obedecer a las santas leyes de la patria*. ¡Ejemplo memorable del encadenamiento de las cosas humanas! Un bill de hacienda aprobado en el parlamento de Inglaterra en 1765, erigió un nuevo imperio sobre la tierra en 1782, haciendo desaparecer del mundo uno de los más antiguos reinos de Europa en 1789.

En un paquebot que se hacía a la vela para Albani, situado a la embocadura del río Norte, me embarqué en Nueva York. El pasaje era numeroso. Hacia el anochecer del primer día, nos sirvieron una colación de frutas y leche; las mujeres estaban sentadas en los bancos de cubierta, y los hombres en el puente, a sus pies. La conversación duró poco rato; al contemplar un hermoso cuadro de la naturaleza, se cae involuntariamente en el silencio. Yo no sé quién gritó repentinamente: «Este es el sitio donde fué apresado Asgill.» Rogaron a una cuáquera que cantase la plegaria de *Asgill*. Nos hallábamnos entre montañas; la voz de la pasajera expiraba sobre las olas, o crecía cuando nos aproximábamos a la costa. El destino de un soldado, joven, amante, poeta y valiente, honrado por la amistad de Washington y la generosa intervención de una reina desventurada, aumentaba el encanto de escena tan romántica. El amigo que he perdido, el señor de Fontanes, pronunció frases conmovedoras en memoria de Asgill, cuando Bonaparte se disponía a subir al trono que había ocupado María Antonieta, el canto de la joven de Pensilvania hizo conmover a los oficiales americanos; el recuerdo de las revueltas pasadas de la patria les hacía más sensible la calma presente. Contemplaban estos lugares, donde poco antes resonaba el ruido de las armas de numerosos ejércitos, y sepultados ahora en una paz profunda; estos lugares dorados con la última lumbre del sol, animados con el arrullo de las palomas azules, con el canto de los arrendajos, y cuyos habitantes, puestos de codos sobre los cercados, guarnecidos de bignonias, veían pasar nuestra embarcación.

Cuando llegué a Albani, fui a buscar al señor Swift, traficante en pieles con las tribus indias enclavadas en el territorio cedido por Inglaterra a los Estados Unidos, y para quien llevaba una carta de recomendación. El señor Swift, después de escucharme, me hizo objeciones muy razonables, diciéndome que yo no podía emprender de buenas a primeras, solo, sin socorros, sin apoyo, sin recomendaciones para los apostaderos ingleses, americanos, españoles, por donde tendría que pasar, un viaje de tal importancia; que aun cuando tuviera la fortuna de atravesar tantas soledades, llegaría a regiones heladas, donde moriría de frío o de hambre; me recomendó que empezara por aclimatarme; me invitó a aprender

los idiomas de aquellos países, a vivir entre los *corredores de monte* y los agentes de la compañía de la bahía de Hudson.

Aunque reconocía la exactitud de estos consejos, me desagradaban sobremanera. Por mi voto hubiera partido derecho hacia el polo, como se va de París a Pontoise. Oculté mi disgusto al señor Swift, suplicándole que me proporcionase un guía y caballos para dirigirme al Niágara y a Pittsburg; de Pittsburg bajaría al Ohio, y recogería noticias que podrían serme útiles para mis futuros proyectos.

El señor Swift tomó para mi servicio a un holandés, que hablaba muchos dialectos indios; compré dos caballos, y abandoné a Albani.

El territorio que se extiende desde Albani hasta el Niágara, está habitado y cultivado; el canal de Nueva York lo atraviesa; pero entonces estaba desierto en su mayor parte.

Cuando después de haber pasado el Mohawk penetré en los bosques que jamás habían sido cortados, una especie de embriaguez de independencia se apoderó de mí; iba de un árbol a otro, a derecha e izquierda, diciéndome: «Aquí no hay caminos, ni ciudades, ni monarquía, ni república, ni presidentes, ni reyes, ni hombres.» Y me entregaba a actos voluntariosos que irritaban a mi guía, porque en su interior me creía loco.

¡Ay! ¡Yo me figuraba estar solo en aquella selva, donde levantaba orgulloso mi cabeza! De repente me di en las narices contra un cobertizo. En aquel cobertizo se ofrecieron a mis ojos embobados los primeros salvajes que he visto en mi vida. Habría una veintena entre hombres y mujeres, embadurnados como hechiceros, semidesnudos, las orejas cortadas, plumas de cuervo en la cabeza, y anillos pasados por las narices. Un francés pequeñito, con polvos y rizos, vestido con un traje verde manzana, chorrera y mangas de muselina, arañaba un violín de bolsillo, y hacía bailar el *Madelon Fiquet* a estos iroqueses. El señor Violet (éste era su nombre), era el maestro de baile de los salvajes. Le pagaban las lecciones con pieles de castores y jamones de osos. Había sido marmitón al servicio del general Rochambeau, en la guerra de América. Se estableció en Nueva York después de la partida de nuestro ejército, resolviéndose a enseñar las bellas artes a los americanos. Ensanchando sus miras con sus triunfos, el nuevo Orfeo llevó su

arte a las hordas salvajes del Nuevo Mundo. Al hablarme de los indios, me decía siempre: «Estos señores y estas señoras salvajes.» Alababa mucho la ligereza de sus discípulos, y, en efecto, yo no he visto brincos más descompasados. El señor Violet colocaba su pequeño violín entre el vientre y la barba, templaba el instrumento fatal y les gritaba: ¡A vuestro sitio! Y todos los salvajes saltaban como si fueran diablos.

Compré a los indios un traje completo: dos pieles de oso, la una para media toga, la otra para la cama. Uní a mi nuevo atavío el casquete de paño encarnado, la casaca, el cinturón, el cuerno para llamar a los perros, y la bandolera de caballería. Mis cabellos, flotando sobre mi cuello descubierto, y mi larga barba, me daban el aspecto de un salvaje, un cazador o un misionero. Me invitaron a una cacería, que debía tener lugar al día siguiente, para buscar la pista del carcajú, o tejón americano.

Esta raza de animales y la de los castores se ha destruido casi por completo en el Canadá.

Nos embarcamos antes de amanecer para remontar un río a la salida del bosque, donde había sido visto el carcajú. Éramos unos treinta entre indios y cazadores americanos y del Canadá; parte de estos últimos iba por la ribera del río con la jauría; las mujeres llevaban nuestros víveres.

No encontramos el carcajú; pero matamos lobos cervales y ratas almizeladas. En otros tiempos los indios tenían un gran sentimiento cuando mataban por casualidad alguno de estos últimos animales, siendo la hembra del ratón, como todos saben, la madre del género humano. Los chinos, mejores observadores, tienen por seguro que el ratón se cambia en codorniz, y el topo en oropéndola.

Nuestra mesa fué abundantemente provista por peces y pájaros del río. Los perros están enseñados a meterse en el agua y logran coger los peces hasta en el fondo. Nos sentamos alrededor de una fogata, que servía a las mujeres para los preparativos de la comida.

Después nos acostamos horizontalmente con la cara pegada a la tierra para librarnos del humo, cuya nube, flotando sobre nuestras cabezas, nos ponía a cubierto de la picadura de los mosquitos.

Los diversos insectos carnívoros, vistos al microscopio, son animales formidables;

tal vez aquellos dragones alados que describe la anatomía, disminuyendo en tamaño, a medida que disminuye su energía, aquellas hidras o grifos se encontrarán hoy en la clase de insectos. Los gigantes antediluvianos son los hombrillos de hoy.

Mi compatriota, el señor Violet, me ofreció sus credenciales para los Onondagas, resto de una de las seis naciones iroquesas. El holandés eligió un sitio a propósito para nuestro campamento; un río salía del lago; levantamos nuestra choza en un recodo de este río. Clavamos en tierra dos estacas ahorquilladas, a seis pies de distancia la una de la otra, colocando horizontalmente entre las dos una vara larga. Con cortezas de abedul formamos el techo inclinado de nuestro palacio. Nuestras sillas debían servirnos de reclinatorios, y nuestras capas de cubiertas. Colgamos unas campanillas del cuello de nuestros caballos, que dejamos en libertad junto a nuestra tienda, cuya cercanía no abandonaron.

A las cuatro de la tarde estábamos alojados. Provisto de mi escopeta me fui a los alrededores. Había pocas aves; una pareja solitaria revoloteaba delante de mí, como aquellos pájaros que yo seguía en los bosques paternos; en el color del macho conocí al pájaro blanco, *passer nivalis* de los ornithologistas. También vi el *quebrantahuesos*, muy conocido por su voz. El vuelo del *exclamador* me había conducido a un estrecho valle encerrado entre alturas desnudas y pedregosas; una vaca flaca erraba en un prado cercano.

Me gustan los albergues pequeños: a pájaro pequeño, pequeño nido. Me senté en la pendiente, enfrente de la choza, en el costado opuesto.

Al cabo de algunos minutos, oí voces en el valle; tres hombres conducían cinco o seis vacas gordas; las pusieron a pacer, y alejaron la vaca flaca con sus varillas. Una mujer salvaje salió de la cabaña, avanzó hacia el animal y lo llamó. La vaca corrió hacia ella alargando el cuello y dando un pequeño mugido. Los dueños de la tierra amenazaron de lejos a la india, que volvió a su choza. La vaca la siguió.

Me levanté, atravesé el valle, y subiendo a la colina, llegué a la choza.

Pronuncié el saludo que me habían enseñado: ¡*Siegh!* (¡Aquí estoy yo!) La india, en vez de responderme repitiéndome mi saludo, se calló. Acaricié a la vaca, y

el amarillo rostro de la india dió señales de enternecerse. Yo me sentí aconmovido con estas misteriosas relaciones del infortunio; hay cierto placer en llorar desgracias que nadie ha llorado.

La mujer me miró todavía con un resto de duda; después se adelantó, y pasó la mano por la frente de su compañera de soledad y de miseria.

Animado por esta muestra de confianza; añadí en inglés: «¡Está muy flaca!» y la india replicó en el mismo idioma: «Come poco. *She eats very little.*» «La han echado rudamente», proseguí, y la mujer respondió: «Las dos estamos acostumbradas a esto. *Both.*» «¿No es vuestra esta pradera?» «Esta pradera, dijo, era de mi marido, que ha muerto. Yo no tengo hijos, y los blancos traen aquí sus vacas.»

Yo no tenía nada que ofrecer a esta criatura de Dios. Al separarnos, mi huésped me dijo muchas cosas que no entendí: serían deseos de prosperidad; si sus votos no han llegado hasta el cielo, no fué la culpa de quien pedía, sino de la flaqueza de aquel para quien se oraba. Todas las almas no tienen igual aptitud para la felicidad, como no tienen todas las tierras las mismas cosechas.

Regresé a mi *ajoupa*, donde me esperaba una colación de patatas y maíz. La noche era magnífica; el lago, unido como un espejo sin marco, no tenía un solo pliegue; el río bañaba nuestra península, perfumada por los calicantos. El *weep-poor-will* repetía su canto, que nosotros oíamos cerca o lejos, según que el pájaro cambiara el lugar de su amorosa llamada. Nadie me llamaba. ¡Llora, pobre William! ¡*weep-poor-will!*

Londres, de abril a septiembre de 1822.

UN IROQUÉS.—SACHEM DE LOS ONONDAGAS.—VELLY Y LOS FRANKS.—CEREMONIA DE LA HOSPITALIDAD.—ANTIGUOS GRIEGOS.—VIAJE DESDE EL LAGO DE LOS ONONDAGAS AL RÍO GENESÉE.—ABEJAS.—ROTURACIONES.—HOSPITALIDAD.—CAMA.—SERPIENTE DE CASCABEL ENCANTADA.—FAMILIA INDIA.—NOCHE EN LOS BOSQUES.—PARTIDA DE LA FAMILIA.—SALVAJE DEL SALTO DEL NIÁGARA.—EL CAPITÁN GORDON.—JERUSALÉN.—CATARATA DEL NIÁGARA.—CULEBRA DE CASCABEL.—CAIGO EN UN ABISMO.

Al día siguiente fui a visitar al sachem de los Onondagas. Al llegar, me vi rodea-

do de jóvenes salvajes que me hablaban en su lengua, mezclada de palabras inglesas y francesas. Estas tribus indias, enclavadas en terreno de blancos, tienen caballos y rebaños; sus chozas están llenas de utensilios comprados en Quebec, Montreal, Niágara, el Estrecho, y en los mercados de los Estados Unidos.

Cuando se recorrió el interior de la América Septentrional, se encontró en el estado natural, entre las diversas naciones salvajes, las diferentes formas de gobierno de los países civilizados. Pertenecía el iroqués a una raza que parecía destinada a conquistar las demás razas salvajes, si no hubieran venido extranjeros a chupar sus venas y sujetar su genio. Este indio intrépido no se sorprendió al ver las armas de fuego, cuando por vez primera se usaron contra él; se mantuvo firme al silbido de las balas y al ruido del cañón, como si los hubiera oído toda su vida; demostró que no le hacía más efecto que el de una tempestad. Cuando se pudo procurar un mosquito, se sirvió de él mejor que un europeo. No por eso abandonó el rompecabezas, el arco y la flecha, sino que añadió la carabina, la pistola, el puñal y el hacha, como si no tuviera bastantes armas para todo su valor. En posesión de las armas de América, adornada su cabeza con penachos, las orejas horadadas, la cara barnizada de diversos colores, los brazos picados y teñidos de sangre, este campeón del Nuevo Mundo se hizo tan temible en el combate como en la playa, que defendió palmo a palmo contra sus invasores.

El sachem de los Onondagas era un viejo iroqués en toda la extensión de la palabra; su persona conservaba la tradición de los antiguos tiempos del desierto.

Las narraciones inglesas llaman siempre al sachem *viejo caballero*. El *viejo caballero*, pues, está enteramente desnudo; lleva una pluma o una espina de pescado atravesada por la nariz, y cubre algunas veces su cabeza pelada y redonda con un sombrero bordado de tres candiles, en señal de honores europeos. El jefe franco Chilperico se untaba los cabellos con manteca rancia, se pintaba las mejillas de verde y llevaba un sayo abigarrado, o una túnica de piel; Velly lo representa como un príncipe magnífico, hasta la ostentación en sus muebles y en sus trajes, voluptuoso hasta la inmoralidad, creyendo apenas en Dios y burlándose de sus ministros.

El sachem de los Onondagas me reci-